

## Su obra principal, la Biblioteca Hispánica

*Carlos Robles Piquer\**

Seguro estoy de que quienes evoquemos hoy la figura de José Ibáñez Cerdá vamos a coincidir en subrayar los tres rasgos que definieron su vida y están vivos en la memoria de todos aquellos que tuvimos la fortuna de ser sus amigos: su gran bondad, su inagotable laboriosidad, su inmensa cultura. Pepe Ibáñez tenía siempre la sonrisa fácil, la acogida afectuosa y el dato pronto, casi sobre cualquier materia sobre la que se le consultara.

Siendo todo ello tan evidente, permítanme que lo dé por supuesto y que centre mis palabras en un episodio, quizá menor en el conjunto de su obra magnífica pero que me correspondió vivir muy de cerca y que relataré con especial agrado puesto que esta sesión de homenaje a la memoria y obra de Pepe Ibáñez se honra con la presidencia de nuestro eminente amigo, el doctor Belisario Betancur, Presidente de esa gran nación que es la República de Colombia, tan llena de virtudes y valores como injustamente atormentada por la enloquecida maldad de algunos de sus hijos. Tuve la fortuna de desempeñar en ella mi primer puesto diplomático hace ahora casi medio siglo, después de haber participado durante seis años en la gestión del Instituto de Cultura Hispánica que ya estaba instalado en esta misma sede en virtud del impulso que le dieron su primer Presidente y su primer Secretario General, los luego embajadores y ministros Joaquín Ruiz-Giménez y Alfredo Sánchez Bella, dos enamorados de América con un entusiasmo que acentuaba el que algunos teníamos desde nuestra primera juventud.

Un viaje del director de la Biblioteca Hispánica por tierras americanas, tanto a la búsqueda de contactos y amistades como a la de fondos que le permitieran enriquecerla, le llevó a Bogotá, donde pronunció una estupenda conferencia en la sede de la Biblioteca Nacional de Colombia. Gobernaba en aquel momento el Ministerio colombiano de Educación Nacional una dama perteneciente a muy ilustre estirpe, doña Josefina Valencia de Hubbach cuyo hermano, el doctor Guillermo León Valencia, (que también presidiría más tarde los destinos del pue-

\* *Antiguo Secretario General de la casa.*

blo colombiano cuando éste hubo recuperado sus tradicionales libertades políticas) había sido el embajador a quien correspondió pronunciar un magnífico discurso en la inauguración de este edificio, en su condición de decano del cuerpo diplomático iberoamericano. Se había propuesto doña Josefina mejorar el sistema bibliotecario nacional; y de aquel viaje de Ibáñez Cerdá resultó el posterior envío de una misión española para cooperar con sus colegas colombianos. Pepe Ibáñez supo, a su vuelta, contribuir a una adecuada selección de quienes debían participar en esa tarea y buscar los medios para su envío. Así, formaron aquella misión tres ilustres miembros del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos: el director de la Casa de Cultura de Almería, Félix Merino; la jefe del Departamento del Depósito Legal en la Biblioteca Nacional, Celina Iñíguez, y la archivera en el Archivo de Indias, Vicenta Cortés, que felizmente nos acompaña hoy después de sus fecundos años colombianos que ella prolongó por amor a su trabajo en la nación hermana. Celosos como los archiveros y bibliotecarios son, por fortuna, de la custodia de tesoros irremplazables, el buen humor popular mezclado con la incompreensión de su delicado menester ha cambiado a menudo el nombre tradicional de ese ilustre estamento para llamarle *dificultativo* en lugar de *facultativo*. Demostrando la falsedad de esa broma pesada, los tres enviados y sus colegas colombianos realizaron allí un trabajo admirable y ciertamente facilitador del acceso por los estudiosos a los ricos fondos que la historia colombiana ha sido depositando en la Santa Fe que fundó el más letrado, el más culto de los conquistadores. Nadie duda en Colombia de que la tierra que recibió al autor del *Antijovio* y de él se enorgullece está verdaderamente reflejada en la personalidad, esencialmente política y civil, del singular conquistador que fue don Gonzalo Ximénez de Quesada.

Años más tarde y como Ministro de Educación y Ciencia, me tocó ayudar a Pepe Ibáñez y a sus superiores –y deseo recordar al entonces Presidente del todavía Instituto de Cultura Hispánica, Su Alteza el Duque de Cádiz, con quien trabajaba otro querido amigo, Juan Ignacio Tena– para vencer ciertas reservas, sin duda explicables, de las autoridades de esta Ciudad Universitaria, a fin de que fuera posible la construcción de la actual sede de la Biblioteca Hispánica, a la sazón constreñida en su viejo recinto y que sólo en el actual podía cumplir su vocación de ser la mejor biblioteca del mundo en libros hispánicos, mejor incluso en este sector que la del Congreso de los Estados Unidos.

La placa que hoy se desvela es un homenaje justo al creador principal de esa gran Biblioteca; y pienso que todos hemos de contribuir a

que cumpla la vocación a la que acabo de aludir. Me parece admirable, además, la intención ya expresada por el señor Secretario General de la Agencia, Rafael Rodríguez-Ponga, en el sentido de atenernos al axioma de que *scripta manent*, a fin de que una publicación, ojalá un sencillo libro, sirva de enseñanza y estímulo a estos custodios de nuestro pasado que son los miembros del servicio público al que él perteneció, con honra suya y de todos sus colegas. Honremos, pues, la memoria de José Ibáñez Cerdá uniéndola a la viva realidad de la gran Biblioteca Hispánica, su mejor obra luego felizmente continuada y a la que él consagró sus mejores esfuerzos.



Biblioteca Hispánica. Sala de lectura



Biblioteca Hispánica. Sala de lectura